



Rusia y la CEI: Habitaciones vacías

por **Higinio Polo**

En 2011 se cumplen veinte años de la disolución de la URSS y de la creación de la CEI, Comunidad de Estados Independientes. La complicada geometría de relaciones, la existencia de organismos con funciones a veces confusas, y la negociación permanente entre Moscú y los gobernantes de las otras repúblicas postsoviéticas, junto con la activa intromisión de Estados Unidos, y, en menor grado, de Turquía, Irán y Arabia, sin olvidar la atracción económica que ejerce China sobre Asia central, explican la realidad actual de un gigantesco territorio que sigue siendo central para el equilibrio político del mundo.

Desde los años soviéticos, el retroceso estratégico de Moscú es evidente; baste citar que su política exterior está hoy centrada en la relación con las antiguas repúblicas federadas, y que, aunque siga manteniendo buena parte de su antigua red diplomática en el resto del mundo, su presencia política y protagonismo se ha reducido, llegando a ser casi inexistente en importantes zonas del mundo, como en Oriente Medio. En todas las repúblicas, las nuevas burguesías creadas en el proceso de cambios hacia el capitalismo, no tienen en general una visión global de las relaciones internacionales, y sus intereses pasan apenas por la conservación del poder y la acumulación de riquezas gracias a la vieja propiedad colectiva y a la explotación actual de los recursos naturales.

Yeltsin, Kravchuk y Shuskievich, apoyados por George Bush, protagonizaron el fraude de *Belovézhskaya Pushcha*, por el que destruyeron la URSS y crearon la CEI. La disolución de la Unión Soviética fue un acto de fuerza, contrario a la voluntad popular, que se había expresado en un referéndum ese mismo año por el mantenimiento de la unión, y la ruptura se consolidó con el golpe de Estado y la matanza ordenada por Yeltsin en 1993, bombardeando el parlamento ruso, acción que contó también con el patrocinio de Estados Unidos y los principales

países europeos. El sangriento golpe de estado marcó la *vía golpista hacia el capitalismo* y consolidó la ruptura entre las quince repúblicas soviéticas. La creación de la CEI en 1991 era el recambio jurídico de la URSS, e integró a Rusia, Bielorrusia, Ucrania, Moldavia, Armenia, Azerbaiján, Kazajastán, Uzbekistán, Kirguistán, Tayikistán y Turkmenistán; es decir, todas las repúblicas soviéticas, a excepción de las tres bálticas y de Georgia, que se unió en 1993 y se retiró en 2009 tras su agresión a Osetia y la breve guerra posterior con Rusia. Turkmenistán también abandonó la CEI en 2005, para convertirse en *miembro asociado*.

También se creó en 1992 la *Organización del Tratado de Seguridad Colectiva* (OTSC), para abordar las cuestiones militares y de seguridad, que agrupa a Rusia, Bielorrusia, Armenia, Kazajastán, Kirguizistán, Tayikistán y Uzbekistán. Continúa siendo un organismo que no acaba de determinar sus funciones y que, con frecuencia, es incapaz de pasar a la acción, como se puso de manifiesto con su falta de reacción durante los graves enfrentamientos interétnicos en Kirguizistán en el verano de 2010. Pese a todo, ha definido una política común frente a posibles ataques exteriores.

* * *



Vladimir Putin, Zar de todas las Rusias

La trabajosa reconstrucción, impulsada por Moscú, de los lazos económicos y políticos entre las antiguas repúblicas soviéticas ha sufrido muchos altibajos y la abierta oposición norteamericana, cuya diplomacia trabaja activamente en el Cáucaso y en Ucrania, así como en las repúblicas asiáticas, para consolidar sus posiciones y para hacer inviable la cooperación entre los miembros de la CEI. Los acuerdos alcanzados por Estados Unidos con algunas repúblicas están encaminados a ligarlos a la colaboración con la OTAN y con el propio ejército norteamericano para impedir cualquier dinámica de recomposición del área postsoviética alrededor de Rusia, tratando al mismo tiempo de dificultar en lo posible, la firma de acuerdos de los países de Asia central y del Cáucaso con China y con Irán. Washington pretende controlar la red de oleoductos y gasoductos que se dirigen hacia Europa, Oriente y el océano Índico, cuestión decisiva en

En julio de 2011 entrará en vigor la desaparición de las fronteras entre Rusia, Bielorrusia y Kazajastán.

la disputa por la hegemonía mundial. Los resultados de esa política norteamericana han sido desiguales, y, en todo caso, no han podido impedir la firma por parte de China de importantes acuerdos de suministro energético.

En el año 2000 se creó la *Comunidad Económica Euroasiática* (CEEA) con Rusia, Bielorrusia, Kazajastán, Kirguistán y Tayikistán, como un espacio para impulsar las relaciones económicas. En julio de 2010, se celebró en la capital kazaja, Astaná, una reunión clave para impulsar acuerdos aduaneros entre los países de la zona. Acudieron el presidente ruso, Dmitri Medvédev, el bielorruso Alexandr Lukashenko, el presidente armenio, Serzh Sargsyan, el de Tayikistán, Emomali Rajmonon, así como la presidenta en funciones de Kirguizistán, Rosa Otunbáyeva y el presidente kazajo Nursultán Nazarbáyev. Según las cifras que hizo públicas la organización, la CEEA hizo posible que, en la

primera década del siglo XXI, los intercambios económicos entre los miembros se cuadruplicaron, y se acordó la creación de un *Fondo* para combatir la crisis (aunque modesto: doscientos cincuenta millones de dólares).

A lo largo de la década de los noventa del siglo pasado, bajo Yeltsin, el desgobierno y el latrocinio trajeron como consecuencia el retroceso de la influencia política rusa en todas las repúblicas, así como la radical reducción de los intercambios económicos. Se produjo una verdadera desintegración: se calcula que dejaron de funcionar más de trescientos sectores industriales, lo que hizo aumentar la importancia relativa del sector energético destinado a la exportación y redujo de forma radical la fabricación de maquinaria industrial y bienes de equipo. Todavía en 1994, un ya marginado Gorbachov (que seguía sin reconocer su desastroso papel en la desaparición de la URSS) insistía en la conveniencia de la reintegración de las repúblicas soviéticas, creyendo que Clinton aceptaría esa posibilidad si era el deseo de la población. En realidad, tanto el gobierno Clinton, como el de George W. Bush dinamitaron cualquier intento de aproximación entre las repúblicas de la CEI gracias a su penetración e influencia en prácticamente todas las áreas de gobierno de los diferentes países. El desastre estratégico que, en todos los órdenes, supuso la etapa yeltsiniana para Rusia permitió no sólo el aumento de la influencia norteamericana sino también el de países del área islámica como Turquía, Irán y Arabia.

En los inicios del siglo XXI, la apuesta rusa se resume en la “doctrina Putin”, que, en esencia, pretendía mejorar las relaciones con las antiguas repúblicas soviéticas y mantener áreas de colaboración económica y política. El papel de Bielorrusia era considerado fundamental para configurar un proceso de reagrupamiento. Y, junto a Bielorrusia, Ucrania, aunque el peso del nacionalismo ucraniano y la delirante política de las nuevas élites del país enfriaron mucho las relaciones entre Moscú y Kiev. Las “revoluciones de colores” fueron la respuesta de Washington a esa nueva política exterior rusa centrada en la recuperación de su influencia en las antiguas repúblicas soviéticas; las “revoluciones” forzaron el cambio de gobiernos en Georgia (2003), Ucrania (2004) y Kirguizistán (2005), y fracasaron en Bielorrusia (2006) en la llamada *revolución blanca*, e impulsaron además el intento de golpe en Moldavia en 2009 (inspirado

por Washington, utilizando los servicios de la embajada rumana en Chisinau, dirigida por Filip Teodorescu, que fue expulsado del país) que, pese a su fracaso, consiguió gestar una coalición que ha mantenido a los comunistas fuera del poder, pese a ser la fuerza política mayoritaria que obtiene casi el cincuenta por ciento de los sufragios en todas las elecciones celebradas hasta hoy. Al mismo tiempo, la creación, en 1997, del GUAM (Georgia, Ucrania, Azerbaijón y Moldavia, con la incorporación posterior de Uzbekistán) fue una decisión de Washington para limitar la influencia rusa en todas esas repúblicas y, en lo posible, consolidar la división postsoviética. Uzbekistán abandonó en 2005 la organización por las oscuras



Nazarbayev toca la balalaika



Lukashenko en Venezuela, en busca de acuerdos petroleros



Ofrenda floral en el Memorial del Genocidio Armenio

complicidades norteamericanas en la rebelión armada en Andiján, en el valle de Fergana.

* * *

A finales de 2006, cuando debía celebrarse la *cumbre* de la CEI en Minsk, que fue aplazada por las diferencias entre sus miembros, la situación podía resumirse así: crítica generalizada a la ineficacia de la CEI por parte de todos los países miembros, una limitada colaboración entre Rusia y Kazajastán, paralela a una evidente aproximación del gobierno kazajo a Estados Unidos; distanciamiento de Bielorrusia y Rusia, y temor a que Georgia y Ucrania ingresaran en la OTAN (dando fe de los cambios, la alianza militar atlántica se reunía en esas mismas semanas en Riga, capital letona, algo que nunca había ocurrido). Se temía, además, que Armenia iniciase un acercamiento hacia Occidente y reconsiderara su situación en la CEI. Por añadidura, la Unión Europea fijaba las condiciones para la

hipotética entrada de Bielorrusia en su seno. El proyecto estratégico norteamericano de voladura del espacio postsoviético parecía avanzar en todos los terrenos.

En julio de 2008 se celebró la cumbre Estados Unidos-GUAM en Batumi, Georgia, donde estuvieron presentes el georgiano Saakashvili, el ucraniano Yúshenko, el azerbaijano Aliyev, así como el presidente polaco Kaczyński y el lituano Adamkus. El jefe de Estado de Moldavia se negó rotundamente a asistir a esa reunión. El objetivo no por oculto era menos claro: aislar a Rusia y limitar su influencia en toda la zona. Hay que recordar que, al mes siguiente, en agosto, Georgia atacó a Osetia del sur (con obvio consentimiento de Washington), y se firmó el acuerdo estadounidense-polaco para instalar una parte del *escudo antimisiles* norteamericano en Polonia. En Moscú se encendieron todas las alarmas, y su contundente respuesta contraatacando al ejército georgiano marcó la *línea roja* que no estaba dispuesta a perder. Desde entonces, algunos escenarios han cambiado.

* * *

Ucrania desempeña un papel central para el futuro, no en vano es la segunda república eslava más poblada. Los dos primeros presidentes ucranianos, Leonid Kravchuk y Leonid Kuchma, impulsaron una política de acuerdos formales con Moscú con el objetivo de conseguir un trato económico de favor, pero dificultando cualquier tentativa de cooperación... a pesar de declarar formalmente lo contrario, incluso firmando acuerdos. Bajo Yúshchenko (a todos los efectos, un verdadero agente de la política exterior norteamericana) la relación entre Moscú y Kiev se agravó, hasta el punto de que parecía inminente una ruptura diplomática, enfrentamiento cuyo origen estaba en la importación de gas ruso y en las deudas impagadas de Kiev, con repercusiones en la red de suministros rusos que llevan a Europa el gas. Entre bastidores, Washington apoyaba la política de Yúshchenko, dirigida a consolidar el enfrentamiento y la división entre ambos países eslavos.

La llegada de Yanukóvich a la presidencia de Ucrania ha cambiado de forma notable las relaciones entre Ucrania y Rusia (sólo en 2010, se han duplicado los intercambios comerciales), y también abre nuevas posibilidades en la CEI. En abril de 2010, ambos países firmaron los *acuerdos de Járkov* que aseguran la continuidad de la flota rusa del Mar Negro en Sebastopol hasta el año 2042, el suministro de gas ruso a Ucrania en condiciones muy ventajosas (a un precio casi un tercio más barato que la tarifa internacional) y facilidades para la exportación. Los enfrentamientos de Kiev con Moscú se han superado, pero subsisten problemas. Así, el proyecto para impulsar una empresa mixta de gas, entre la rusa Gazprom y la ucraniana Maftogaz, no consigue abrirse paso. Los nuevos dirigentes de Kiev, conscientes de la situación de práctica quiebra económica del país, creen que la primera década del siglo puede considerarse como un tiempo perdido, y que su país no avanzó en su cooperación con la Unión Europea y desdeñó la posibilidad de integrarse en la CEEA, con los quebrantos económicos que le supuso.

Yanukóvich, que representa a la nueva burguesía ucraniana partidaria del acercamiento a Bruselas sin romper con Moscú, ha insistido en que Ucrania quiere ingresar en la Unión Europea aunque continúe su colaboración con Rusia. Sin embargo, el nuevo poder tiene presente la condición puesta por la Unión Europea, que anunció que la unión aduanera de Ucrania con Rusia y otras repúblicas de la CEI era incompatible con el acercamiento a Europa: de esa forma, Ucrania no puede, como era su deseo, combinar la unión aduanera en la

El objetivo de Putin es el de impulsar, en 2012, un Espacio Económico Único en el seno de la CEI.

CEI y el establecimiento de una zona de libre comercio con la Unión Europea. Para acabar de complicar el futuro, la grave crisis del proyecto de unificación europea y su indeterminación, junto con los problemas que causaría la incorporación de un país de casi cincuenta millones de habitantes, hacen muy poco probable que el ingreso de Ucrania en la Unión Europea sea una opción real.

* * *

Con Bielorrusia las relaciones son más tirantes que en el pasado. La reelección de Lukashenko, aunque consolida la estabilidad política, crea problemas a Moscú por la especial inquina que Estados Unidos y la Unión Europea muestran hacia él. Las protestas de diciembre de 2010, tras las elecciones, fueron utilizadas como elemento de presión por Washington y Bruselas, pese a que los mismos hechos (asalto a la sede del gobierno bielorruso por los manifestantes) habrían sido calificados de actos terroristas si hubieran sucedido en París o Roma. Pese a ello, Lukashenko ha impulsado una política a veces equidistante entre Moscú y los países occidentales. Por su parte, la mayor de las repúblicas centroasiáticas, Kazajastán, participa, además de en la CEI, en la Conferencia Islámica, iniciativa que, aunque no ha sido criticada oficialmente por Rusia, no deja de crear algunos problemas para el futuro. Nazarbáyev presenta ese rasgo como una oportunidad para atraer inversiones, pero, visto desde Moscú, puede crear disfunciones en el proyecto *putiniano* de impulsar la integración de la mayoría de las antiguas repúblicas soviéticas.

* * *

En julio de 2010, ocho países de la CEI (Rusia, Bielorrusia, Ucrania, Kazajastán, Armenia, Moldavia, Kirguizistán y Tayikistán) acordaron suprimir los aranceles aplicados a la importación, decisión con la que esperan desarrollar los intercambios y el crecimiento económico. Los otros tres países de la CEI (Azerbaiján, Uzbekistán y Turkmenistán) no se incorporaron al acuerdo. Ese mismo mes se celebró en Yalta, Crimea, una cumbre informal de la CEI, a la que asistieron dirigentes de Rusia, Armenia, Bielorrusia, Kazajastán, Azerbaiján y Ucrania, para abordar los problemas conjuntos. Las disputas entre Armenia y Azerbaiján por la región de Nagorno Karabaj complican la política rusa: aunque Moscú ha acordado el establecimiento de sistemas de defensa antiaérea en Armenia, ha constatado también una mayor

colaboración de Ereván con Washington y la OTAN. Estados Unidos utiliza esa baza: en mayo de 2009, ya con Obama, la diplomacia norteamericana consiguió reunir en Washington a los ministros de asuntos exteriores de Armenia y Azerbaijón con Hillary Clinton, postulándose ésta como mediadora en el conflicto de Nagorno Karabaj. Rusia, que tiene serios problemas para asegurar la estabilidad en la zona (con la cuestión chechena y la infiltración islamista), está muy interesada en la creación de un sistema conjunto de seguridad en todo el Cáucaso, además de en los países de la OTSC. La unificación de sus sistemas de defensa antiaérea y militar con Bielorrusia y Kazajistán, y la colaboración con Ucrania, reforzarían la dinámica de reintegración entre los países de la CEI, pero Washington trabaja activamente para impedirlo y, pese a las buenas relaciones de Moscú con Irán y Turquía, la influencia de estos países en el área le crea dificultades a Rusia. Además, debe recordarse que Israel mantiene acuerdos militares con Georgia y Azerbaijón.

La situación en Asia central sigue preocupando a Moscú: además de los problemas que causa la inestabilidad en Afganistán y Pakistán y sus repercusiones en la zona (con bases militares norteamericanas, contrabando de drogas, infiltración islamista, provocaciones de servicios secretos, y problemas fronterizos), los enfrentamientos que se produjeron entre comunidades en Kirguizistán, en 2010, con numerosos muertos, la presencia de agrupaciones islamistas que continúan siendo muy activas en Uzbekistán (y que tienen oscuras conexiones con Arabia, Pakistán, Afganistán y, por supuesto, con Estados Unidos), y los problemas en las fronteras entre Tayikistán y Uzbekistán, continúan siendo potencialmente muy peligrosos, puesto que las cinco repúblicas centroasiáticas están muy lejos de ser países viables y consolidados. En Asia central, Moscú tiene dos preocupaciones prioritarias y un objetivo global: la lucha contra las redes de distribución de droga y el tráfico esclavista con seres humanos, y el control de los grupos islamistas armados que están presentes en todas las repúblicas centroasiáticas con diferente intensidad; y el fin de reforzar los lazos con los gobiernos actuales para recuperar la influencia estratégica perdida. En general, el año 2010 ha planteado muchos retos a la seguridad en Asia Central: además de los sangrientos enfrentamientos interétnicos en el sur de Kirguizistán, las agrupaciones islamistas armadas intensificaron sus actividades en Uzbekistán, aumentó la tensión en la frontera uzbeko-tayika, y, como telón de fondo, siguió agravándose la situación en Afganistán, donde, de hecho, las fuer-

El desprecio por el retroceso del nivel de vida de la población es un rasgo común a todos los gobiernos postsoviéticos.

zas de la OTAN están perdiendo la batalla contra los talibanes. En octubre de 2010, Medvéded visitó Turkmenistán, y consiguió la firma de acuerdos sobre suministro de gas. Ashjabad participa en el *proyecto Nabucco*, ideado por la Unión Europea para asegurar la llegada de gas y no depender en exclusiva de Rusia. Europa cuenta, además, con otro proyecto hipotético que también transportaría el gas pasando por Azerbaijón, Georgia y Turquía. Al mismo tiempo, Turkmenistán ha firmado importantes acuerdos para la venta de hidrocarburos a China. El presidente Berdimujamédov quiere asociarse a Rusia para aumentar los ingresos del país, y Moscú está interesado en conseguir acuerdos de explotación para desactivar posibles alternativas a sus redes de gasoductos.

El control y desarrollo de los diferentes sistemas de oleoductos y gasoductos es el motor de las alianzas y disputas en toda Asia central y en el Cáucaso. El plan norteamericano consiste en incorporar el Cáucaso y las repúblicas de Asia central en su área de influencia, con el objetivo de controlar el flujo de petróleo y gas en dirección a Europa, al oriente asiático y hacia Estados Unidos, como alternativa a su excesiva dependencia del crudo procedente del área del golfo Pérsico. No por casualidad, en 2008, todavía bajo Bush, Estados Unidos creó la figura de un “embajador especial” para cuestiones energéticas, con interés en Asia central y con el objetivo de evitar que Rusia controlase los flujos de gas y petróleo. Para hacer valer su influencia, Rusia cuenta con la OTSC como alianza militar y, además, es uno de los miembros relevantes, junto a China, de la OCS (Organización de Cooperación de Shanghai) cuya función se ha reforzado en los últimos años en un evidente contrapeso a Estados Unidos. En esa alianza están presentes las repúblicas centroasiáticas –a excepción de Turkmenistán– y China y Rusia, con algunos países con estatuto de observadores, como India, Irán, Pakistán y Mongolia, y, con otro estatus, Bielorrusia y Sri Lanka. Hace apenas tres años, la OCS firmó un acuerdo de cooperación con la OTSC. La difícil geografía de la zona, con miles de kilómetros de fronteras por controlar, la actividad de grupos armados y la inestabilidad política en las repúblicas más débiles son un cóctel explosivo. La peligrosa frontera entre Tayikistán y Afganistán era controlada por tropas rusas, pero, desde 2005, pasó a ocuparse de ello el precario ejército tayiko, con el resultado de que el contrabando de drogas ha aumentado notablemente, para preocupación de Moscú. No en vano, uno de los problemas más importantes de la Rusia actual es el espectacular aumento del tráfico y del consumo de drogas, que causa una verdadera sangría



Yanukóvich junto a Solana, cuando éste era Secretario General de la OTAN

en el país: más de treinta mil personas, sobre todo jóvenes, mueren cada año en Rusia a consecuencia de la heroína y otras drogas, que llegan sobre todo de Afganistán. Las dimensiones de esa catástrofe son evidentes, si se tiene en cuenta que durante los nueve años de la intervención del ejército soviético en Afganistán, sufrió quince mil muertos en total. Además, la invasión del ejército norteamericano en Afganistán, que ya dura diez años, no ha reducido, al contrario, el tráfico de drogas. Por si faltaran problemas, el control y aprovechamiento del agua (de los ríos Sir Daria y Amu Daria) es otra de las cuestiones que enfrentan a los cinco países centroasiáticos.

* * *

El objetivo de Putin es el de impulsar, en 2012, un *Espacio Económico Único* en el seno de la CEI, aunque su empeño recibe críticas desde sectores nacionalistas rusos que creen que ese proyecto supone gastos cuantiosos para Rusia y ventajas económicas para sus vecinos, que, además, creen que no

son aliados “leales”; celos que son alimentados desde Ucrania, aunque otros ven en la integración una posibilidad para su propia recuperación económica, accediendo al mercado conjunto de Rusia, Bielorrusia y Kazajistán. Esa crítica del nacionalismo ruso está basada en los ventajosos descuentos que Moscú ha hecho a Ucrania en la venta de gas. Yanukóvich está considerando la posibilidad de que Ucrania se integre en el *Espacio Económico Único*, EEU, que por el momento integran Rusia, Bielorrusia y Kazajistán, cuyas economías conjuntas suponen más del ochenta por ciento de la CEI. Sin embargo, la galopante crisis económica en Ucrania, herencia de Yúshchenko y de años de desgobierno, plantea serios interrogantes para el futuro: ¿debe Rusia acudir al rescate?, ¿será esa la condición para una mayor integración en el EEU? La aprobación de medidas antipopulares, con la congelación de pensiones, de salarios de funcionarios, y el incremento de precios en los servicios básicos puede crear una situación de fuerte descontento social, y el gobierno de Nikolai Azárov (y, tras él, Yanukóvich) no está en las mejores condiciones para superar la crisis: el nacionalismo ucraniano se opone a refor-



Lula y Nazarbayev

zar los lazos con Moscú, y Estados Unidos trabaja activamente para hacer fracasar el proyecto.

A lo largo de 2010, las diferencias entre Minsk y Moscú estuvieron a punto de dar al traste con la unión entre ambos países, aunque lograron superar las dificultades y Bielorrusia se mostró dispuesta a impulsar el *Espacio Económico Único*. Según los acuerdos firmados, el EEU entrará en vigor a principios de 2012, y Putin mantiene que ha de ser el primer paso para la creación de una *Unión Económica Euroasiática*. La Unión aduanera entre esos tres países ya funciona, y Moscú contempla la entrada de Kirguizistán y Tayikistán, como paso previo a su posterior integración en el EEU, que supondría el reforzamiento de la *Comunidad Económica Euroasiática* (CEEA), y, de hecho, su sustitución. Además, en julio de 2011 entrará en vigor la desaparición de las fronteras entre Rusia, Bielorrusia y Kazajastán.

* * *

La recomposición de los lazos entre las repúblicas postsoviéticas no será sencilla, porque trabajan contra ella muchos actores, empezando por las nuevas élites que quieren consoli-

dar su propio poder. La modernización de la economía rusa y de las economías de las otras repúblicas puede venir, en parte, de la recomposición de los lazos de la época soviética, que facilitarían el desarrollo de sectores complementarios de la producción. Como ejemplo: la importante industria aeronáutica ucraniana depende del suministro ruso de la mayoría de materiales necesarios, el algodón uzbeko tenía como destino las fábricas rusas, Kazajastán abastece de carbón y metales a la industria rusa. Pero las nuevas élites corruptas están más pendientes de la explotación y venta de los recursos naturales que de la planificación de un proyecto conjunto y de la reconstrucción de la estructura productiva. Sólo Rusia ha propuesto ideas al respecto, aunque dependientes de los deseos del poder oligárquico de la nueva burguesía, relegando las necesidades de la población, que soporta una dura vida de privaciones.

El desprecio por el retroceso del nivel de vida de la población es un rasgo común a todos los gobiernos postsoviéticos, también en las repúblicas bálticas ahora integradas en la Unión Europea, hasta el punto de que, pese a la abundancia de recursos petrolíferos y gasísticos, centenares de miles de familias pasan frío porque no pueden pagar la calefacción. El precario nivel de vida de los ciudadanos es uno de los princi-

pales problemas que deben afrontar Rusia y la CEI, pero existen muchos otros, como la criminalidad, que el presidente del Tribunal Constitucional ruso, Valeri Zorkin, ha calificado como el mayor problema del país; el elevado consumo de drogas, la corrupción, el excesivo gasto de la administración, la inestabilidad en Asia central y el Cáucaso, con frecuentes enfrentamientos y acciones terroristas, además de la falta de control democrático sobre la nueva burguesía surgida del robo de la propiedad estatal soviética. Sin olvidar la necesidad de definir desde Moscú una nueva política de seguridad capaz de atraer a las otras repúblicas, y la respuesta al *escudo antimisiles* norteamericano que el Pentágono está redefiniendo, la relación con la OTAN, la incapacidad para controlar las turbias operaciones de servicios secretos extranjeros en el Cáucaso y Asia central (Estados Unidos e Israel, pero también Irán, Pakistán, Arabia y Turquía), y la batalla contra el terrorismo local, que se expresa en feroces atentados como el del aeropuerto de Moscú en enero de 2011, así como la excesiva dependencia de las exportaciones de petróleo y gas y la necesaria reconstrucción de la industria y de los centros de investigación científica. En noviembre de 2010, Putin hizo una atrevida oferta en Berlín: la creación de una entidad económica que abarcase el área entre Lisboa y Vladivostok: en la práctica, de llevarse a cabo, traería una sólida colaboración entre la Unión Europea y Rusia, y una disminución de la influencia norteamericana en Europa. La recomposición puede tomar caminos inesperados.

La actitud norteamericana condiciona el futuro, puesto que pese a la firma del START y las buenas relaciones entre Medvéded y Obama, Washington no ha renunciado a limitar la influencia rusa y a consolidar sus posiciones. Estados Unidos ha perdido sus peones en Ucrania, pero cuenta hoy con sólidos anclajes, además de en las repúblicas bálticas, en Georgia y Azerbaiján, y mantiene bases militares en Asia central, oficialmente como apoyo logístico para su guerra de Afganistán, pero, también, para desarrollar su estrategia de contención antichina y de confinamiento ruso. Y la OTAN ha llevado las armas y bases norteamericanas hasta las propias puertas europeas de Rusia. Putin es consciente de ello, por lo que las constantes intromisiones del gobierno y de la diplomacia norteamericana son mal recibidas en Moscú: en diciembre de 2010, durante su encuentro con el primer ministro francés Fillon, Putin criticó la actitud y la prepotencia norteamericana preguntándose (utilizando para ello el caso *Wikileaks*) qué democracia es esa que da lecciones a los demás y limita al mismo tiempo la libertad.

Para hacer frente a esa situación, el papel de Rusia es funda-

En noviembre de 2010, Putin propuso la creación de una entidad económica que abarcase el área entre Lisboa y Vladivostok.

mental. Es cierto que, hoy, Rusia no es la agonizante república de los años de Yeltsin; que ha conseguido pagar su deuda externa y que gracias a los beneficios del petróleo cuenta con una mejor situación económica; además, inició el nuevo siglo redefiniendo sus intereses nacionales, aunque, en gran parte, sigue prisionera del afán desbocado de riquezas que muestran sus empresarios y el bloque de poder configurado alrededor de Putin y Medvéded: en ese sentido, los nuevos burgueses enriquecidos son verdaderos “antipatriotas” rusos que siguen contribuyendo objetivamente a la decadencia y disminución del papel global de Rusia. Las élites de las repúblicas postsoviéticas actúan de la misma forma, añadiendo además activos programas de reinención del pasado histórico, que imponen una fantasmagórica visión nacionalista –en los medios de comunicación, en instituciones educativas y en los planes de estudio– en su afán por consolidar las bases de su propio poder. Frente a ello, casi sin posibilidades de expresión y de articulación política, sigue existiendo entre la población de todas las repúblicas un poderoso fermento colectivista, de defensa del socialismo soviético, al

que, sin embargo, le falta la reformulación de un proyecto socialista capaz de aglutinar a la mayoría de los ciudadanos de la antigua unión, tal y como propone, entre otros, el Partido Comunista ruso. Porque la Unión Soviética sigue presente:

una reciente y amplia encuesta del VTSIOM, el instituto ruso de estudios de opinión pública, mostraba que, para los ciudadanos, la figura más destacada del siglo XX era Gagarin, que iba acompañado en la lista por el poeta Visotski, el mariscal Zhukov, Stalin, Lenin, y otros, mientras que Yeltsin, responsable de la catástrofe, ni aparecía.

El ministro ruso de Asuntos Exteriores, Lavrov, mostró su convicción de que la CEEA impulsaría la dinámica de reintegración en la CEI, pero aún no está asegurado que fracase la acción combinada de Estados Unidos y algunas élites nacionales corruptas que, objetivamente, trabajan para favorecer la descomposición. Además, la relación de Rusia con el resto de las antiguas repúblicas soviéticas no ha estado exenta de la soberbia rusa por la nueva riqueza obtenida gracias a los ingresos de los hidrocarburos, y por la diferencia de tamaño y población entre las repúblicas, que crea también una dinámica negativa. De manera que, aunque el proceso de integración avanza, con muchas dificultades, veinte años después de la desaparición de la URSS, la CEI da la sensación de ser una gran casa con muchas, demasiadas, habitaciones vacías, y por donde, pese al empeño de las nuevas élites corruptas, ronda el espectro –para unos, siniestro; para otros, esperanzador– del pasado soviético ■